

La heterogeneidad del CEU enriqueció el movimiento: Imanol Ordorika

Entrevista de Yuri Sevilla*

A tres décadas de aparecer en el escenario político nacional uno de los movimientos que en su momento asumió la defensa del acceso popular a la educación superior en la Universidad más importante del país, Imanol Ordorika, identificado con el grupo que ejerció el liderazgo, reflexiona acerca de las características, alcances y límites del Consejo Estudiantil Universitario (CEU) siglas en torno a las que se aglutinaron los jóvenes estudiantes de entonces.

Imanol Ordorika, académico de la Universidad Nacional Autónoma de México, actualmente funge como Director General de Evaluación Institucional de la UNAM, es Investigador Titular "C" de Tiempo Completo en el Instituto de Investigaciones Económicas y profesor de los posgrados de Estudios Políticos y Sociales, Pedagogía y Estudios Latinoamericanos.

¿A la distancia, cómo se visualiza al CEU?

Como es conocido, el CEU fue un movimiento de estudiantes organizado para resistir un conjunto de medidas restrictivas para el acceso y permanencia en la educación superior en la UNAM. Desde que comenzó, nos percatamos de que trascendía a los propios estudiantes y, rápidamente, se constituía en una expresión de resistencia a una realidad que en ese momento no podía ser peor para algunos sectores de la juventud urbana y del estudiantado de la UNAM.

Desde fines de los años 70 vivíamos una crisis económica permanente. Era un momento de desesperanza para la juventud en términos de acceso al empleo y a otras oportunidades de desarrollo individual. Vivíamos en la opresión política sin cauces ni caminos de expresión o de organización independiente y acción colectiva.

¿Qué tanto determinó el contexto de inconformidad social, por ejemplo la que suscitaron los sismos del 85, para que el CEU tuviera tanta simpatía?

En 1985 los estudiantes de la UNAM nos volcamos a la ciudad, durante dos semanas en las cuales desaparecieron por completo de la escena, el gobierno de la ciudad y del país, y no me refiero a la escena política, por ejemplo no había policías que dirigieran el tránsito, nadie abastecía de medicamento o de alimentos a las personas, tomamos en nuestras manos la organización de las brigadas de rescate. La ciudad se volvió de alguna manera de los civiles y en mucha medida de los estudiantes que éramos los que teníamos más posibilidades de atender este tema.



Uno de los líderes principales de la gesta estudiantil

No cabe duda de que la participación en las actividades alrededor de los sismos del 85, generó una idea entre los jóvenes estudiantes de que era posible actuar para modificar la realidad. Establecieron lazos y relaciones o las fortalecieron y se retomaron esas experiencias para organizar la respuesta estudiantil. Tengo muy presente la brigada de Ciencias que éramos más de 100 estudiantes que trabajamos en tareas de rescate en el multifamiliar Juárez y en la parte de neonatología del Hospital General; estuvimos asociados solidariamente en un proceso, además muy emocional, jalamos juntos en el CEU con muchísima fuerza.

*Integrante de la mesa de redacción.



“En esta Universidad hay sectores conservadores muy fuertes”

¿Cómo explicar que se trata del primer movimiento estudiantil exitoso en la historia de nuestro país?

Bueno, yo creo que eso no es cierto, porque por ejemplo está el movimiento estudiantil del 29, que aunque fuera de rebote, gana la autonomía para la Universidad Nacional, hay otros movimientos que fueron exitosos en distintos ámbitos. Yo creo que para el momento del CEU estábamos muy marcados por las secuelas del 68, la forma violenta y criminal con la que el gobierno enfrentó a ese movimiento y fue muy contrastante el hecho de que el CEU pudiera salir sin una confrontación que abriera el paso a la represión y que lograra la realización de sus demandas.

Hay quienes afirman que este fue un movimiento exitoso, en efecto, pero en un sentido político, porque a final de cuentas el CEU no tuvo ni un planteamiento vigoroso de reforma, ni fue capaz de contribuir a una reforma sustancial durante el congreso universitario. Entre ellos es lo que afirma el director de esta revista.

Yo tendría una diferencia con Marco, si el CEU llevó mucho o poco al congreso, creo que tenemos que analizar cuál fue la correlación de fuerzas que hubo en el congreso universitario que permitió que avanzara más o menos en las propuestas de transformación de la Universidad. Es importante reconocer que en esta Universidad hay sectores conservadores muy fuertes, que con el apoyo del gobierno y con la postura política que tuvo el rector con el que hizo el Congreso, José Sarukhán, empantanaron la posi-

bilidad de que se hicieran una serie de transformaciones que iban desde la declaración de principios hasta formas de financiamiento.

No quiero decir que teníamos clara toda la Universidad, pero sí teníamos una idea de Universidad que de alguna manera se ha ido imponiendo. Hay otras formas más de pensar en el sentido exitoso del movimiento, después de décadas de derrotas de movimientos democráticos universitarios en la transformación de universidades, en la democratización de escuelas y facultades, en la creación de sindicatos universitarios en donde con violencia o sin ella, muchos de estos proyectos, por ejemplo el del sindicalismo independiente de los profesores, fueron derrotados. El CEU logró una victoria en sus planteamientos y creo que si uno lo analiza en términos estrictamente de política, el resultado del movimiento del CEU fue una acumulación de fuerzas favorable a los sectores democráticos de la Universidad, un corrimiento hacia la izquierda que se expresó también en acontecimientos políticos nacionales como el cardenismo y que reflejan que el impacto del movimiento tuvo un resultado propicio, adecuado hacia los sectores democráticos que participamos en él.

En el CEU coexistieron distintas formas de entender la política y a la UNAM, ¿cómo fue posible eso?

En el CEU corresponde la heterogeneidad en todo sentido: en niveles socioeconómicos, de clase, de posturas políticas a su interior, y aunque había acuerdos generales que nos agrupaban a todos, había posturas que enriquecían al propio movimiento.

Me parece que el CEU fue un movimiento victorioso, y esto se puede analizar desde distintas perspectivas: uno porque logró que se atendieran sus demandas iniciales de frenar el paso a las reformas que restringían el acceso y la permanencia de los estudiantes en la UNAM. Y el rechazo al incremento de los costos de la Universidad llega hasta nuestros días, se ha vuelto incluso hegemónico, frenó los exámenes centralizados, los toques a la inscripción y mantuvo lo que las autoridades llaman “pase reglamentado” que, aunque ha tenido sus modificaciones, sigue existiendo.

Fue exitoso también porque abrió por primera vez una experiencia como el Congreso Universitario, con una participación importante, no mantuvo los niveles de participación del auge del movimiento que fueron altísimos. Todo esto ocurrió en el contexto de una confrontación política, en donde las autoridades universitarias y el



gobierno entrante de Carlos Salinas de Gortari, jugaron a alargar los tiempos del Congreso Universitario, de tal manera que la fuerza democratizadora de la Universidad perdiera posibilidades de acción, pero a pesar de eso, no cabe duda que fue un espacio bastante más representativo que todo lo que había existido antes en la Universidad. A ese lugar el CEU llegó con muchas propuestas: transformaciones normativas en el ámbito de las formas de gobierno de la propia ley orgánica de la universidad; transformaciones normativas a las relaciones laborales con el personal académico. Propuso nuevas formas de organización de la coordinación académica como los consejos académicos de área. Las autoridades algo proponían que se llamaba igual pero que no era lo mismo se produjo un híbrido extraño que es lo que tenemos hoy fue también a defender una serie de derechos estudiantiles, como la gratuidad y otros; planteó temas como la importancia de incluir los estudios sobre género y se creó el Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG).

¿Desde la perspectiva política, tenía razón el CEU?

La respuesta se ha hecho evidente a medida que pasa el tiempo. En 1986 y 87 teníamos claro que la razón estaba de nuestro lado; incluso se incorporó al lema que hizo suyo el movimiento: "Con la fuerza de la razón" o "Por la fuerza de la razón"; la segunda parte era: "Queremos todo, lo siempre ajeno lo nunca nuestro". El movimiento entendía que sus causas estaban justificadas y fundadas en un conocimiento profundo de la Universidad y de la realidad mexicana.

A tres décadas del 11 y 12 de septiembre de 1986 la madrugada en que se aprobaron los reglamentos que promovió el rector Jorge Carpizo, vemos a la UNAM de hoy mucho más cercana a la idea de Universidad que dibujó el CEU que aquella que estaba contenida en las propuestas de la rectoría. Resalta por ejemplo un hecho: la gratuidad de la educación. No sólo defendida en la huelga



del CEU, también en el movimiento de 1992 y en la huelga de 1999 contra las cuotas.

Para mí la evidencia más clara de que nuestro planteamiento sobre la gratuidad de la educación superior es hoy hegemónico, se dio hace unos meses con el cambio de rector de la UNAM: los 16 candidatos a la rectoría plantearon que la Universidad tenía que ser gratuita, que no podía incrementar cuotas. Queda claro que en ese planteamiento el CEU tenía razón.

El movimiento planteó una Universidad donde la politización de los universitarios es trascendental. Me parece que aún es pronto para juzgar a la administración actual, pero si vemos los últimos 16 años veremos que no sólo la universidad como institución sino sus autoridades, asumieron un papel crítico del sistema político, del modelo económico y de una gran diversidad de temas de la realidad mexicana -como Ayotzinapa o ahora mismo de la represión al magisterio nacional- en donde los universitarios estamos presentes en la discusión. Esto se asume como una responsabilidad de la Universidad.

Esa Universidad es la que prefiguraba el CEU. No digo que el programa del CEU se completó. Por ejemplo, hay una gran deuda: la democratización de la propia UNAM, de sus mecanismos de toma de decisiones, de las formas y procedimientos para el nombramiento de autoridades.

¿Cuáles serían los principales elementos para elaborar una autocrítica del movimiento?

Cuando el Consejo Universitario echa para atrás los reglamentos promovidos por Carpizo y aprueba la realización del Congreso, nosotros creímos que las autoridades universitarias tratarían de hacer un Congreso rapidísimo para tomarnos desarmados, poco preparados para poder

**La UNAM de hoy es más cercana
a la que dibujó el CEU**



enfrentar una discusión muy sustantiva y nos equivocamos en ese análisis. Considero que fue un error importante de visión de la dirección política del movimiento, un procesamiento inadecuado del triunfo en un contexto de una arraigada cultura de la desconfianza que incluso se ha incrementado notablemente en la acción política de los grupos de oposición en el país y con razones suficientes. Pero hicieron que las decisiones de rectoría, echando atrás los reglamentos de Carpizo y aprobando el Congreso, no fueran vistas por el conjunto del movimiento en un primer momento como el avance que significaban y entonces se produjera una fractura interna del movimiento a la hora del levantamiento de la huelga, y creo que otro error indudablemente fue no haber tenido la capacidad de rearticular las fuerzas en el momento del Congreso, había suficientes puntos relevantes para llevar y ganar, muchos de los cuales incluso se ganaron, pero nos quedamos sin la fuerza necesaria para obligar a que se aplicaran y se asumieran inmediatamente, en la forma en la que los habíamos concebido.

Hay quien discutió la conveniencia o no de que el CEU (que no lo hizo de manera formal, sino como movimiento estudiantil), se vinculara al cardenismo como un fenómeno político nacional, creo que esa es una discusión de café, porque el cardenismo estaba ocurriendo y arrastrando a sectores muy amplios de la población y que no dependía de la decisión o de una orientación política de los dirigentes universitarios de entrar a ese proceso. Me parece que ahí en esa confrontación nacional se definió mucho de lo que podía ser el futuro de transformaciones de la Universidad y no podía haberse evitado, haber pensado que la Universidad podía mantenerse al margen de un proceso que sacudió a todo el país, como fue el cardenismo, era una ilusión de algunos grupos que pensaban que manteniéndose escépticos y alejados de dicho proceso, hubiera sido posible otro desarrollo del futuro del Congreso

Universitario. Me parece que los errores, esos que identifiqué fueron suficientemente importantes como para tener claro que se cometieron y que tuvieron impacto en los resultados y en la dinámica del propio movimiento estudiantil.

¿Qué tanto ha cambiado el país de aquel CEU de hace 30 años?, ¿Cuáles son las coordenadas más significativas que lo hacen diferente?

Ha cambiado muchísimo y al mismo tiempo no ha cambiado suficiente, por ejemplo, se han abierto mucho más los espacios en algunos medios de comunicación en la prensa escrita, en varios espacios radiofónicos, sin embargo seguimos teniendo la dominación de las televisoras

con discursos cerrados y sin posibilidad de que permeen en esos espacios las visiones alternativas sobre lo que ocurre en México y en el mundo. Hay avances en algunos espacios y en otros no. Hay avances en formas de ejercicio de los derechos políticos. El CEU estuvo vinculado al proceso electoral de 88 que tuvo un impacto muy fuerte en la transformación del sistema electoral mexicano. No porque el CEU lo planteara, quiero ser muy claro, no fue un tema del movimiento, pero el movimiento fue parte de los sectores sociales que desembocaron en la lucha cardenista del 88 y no cabe duda de que impactaron estas transformaciones. Sin embargo hoy en día hemos visto que los procesos de transformación positiva que sufrieron la organización electoral, etcétera, se han retrotraído, que hay retrocesos de nuevo, hay una sola ingerencia, no sólo de los poderes federales y estatales, sino de el crimen organizado y los grandes empresarios, los dueños de los medios de comunicación. Hay una tarea de democratización que está incompleta, no podemos decir que no haya avanzado y mejorado, pero tampoco podemos decir que hemos llegado a donde queremos llegar. En tema de derechos humanos, me parece que durante la movilización del CEU y años posteriores, casi diez años después, por lo menos en la

“Hay una gran deuda: la democratización de la propia UNAM”

“El CEU dejó experiencias que enriquecen la vida política”

Ciudad de México se abrieron espacios para la acción política y social, sin el temor de la represión y la violencia, desde 2012 estos se han vuelto a cerrar, hay detenciones, provocaciones, acción policiaca selectiva, represión. No podemos decir que el México de hoy no ha cambiado, pero tampoco podemos decir que el México de hoy ha cambiado tanto que es irreconocible con respecto a aquel.

Habría que ver la Universidad, insisto, tiene más estudiantes, hoy se plantea el tema del acceso de jóvenes de distintos estratos y al mismo tiempo mantiene la posibilidad de ingreso de sus estudiantes de bachillerato, hoy la Universidad se extiende a lo largo de todo el país como planteaba el CEU todo el tiempo, el carácter nacional, hoy es más autónoma en sus juicios sobre el gobierno y las políticas gubernamentales, sin embargo hoy la Universidad sigue siendo tan profundamente antidemocrática como lo era en 1945, esta situación de claros y oscuros, de fuertes contrastes es la que marcaría mi visión.

¿Cuál fue la lección de ese movimiento?

Me cuesta trabajo y me incomoda hablar de lecciones. El CEU dejó un conjunto de experiencias que enriquecen la vida política y la organización de la sociedad. Tuvo muy claro que debía ser un movimiento social amplio, que trascendiera a las autodenominadas vanguardias estudiantiles de la izquierda de la época.

Nos planteamos como objetivo la construcción de un movimiento social amplio; que esta política de masas tenía que conducirse por los cauces de la legalidad esas medidas constituirían nuestra única defensa frente al Estado que había actuado en numerosas ocasiones fuera de la ley, utilizando la represión y la violencia en contra de las movilizaciones sociales que nos antecedieron.

Fue un movimiento que se planteó organizarse a partir de una forma de participación democrática, socializando al máximo la toma de decisiones en las asambleas de escuelas y facultades

a partir de la representación de los estudiantes, pero también a partir de que hubiera una dirección identificable, de darle voz al movimiento y multiplicarla, hacerla visible y de alguna manera de contribuir a la discusión de cómo llevar el movimiento dentro de los espacios democráticos.

El movimiento inició con la idea de rechazo a un proyecto excluyente y reivindicamos el derecho a oponernos y criticar lo que estaba planteando la autoridad. La idea de transitar a la transformación democrática de la UNAM colocaba al CEU a la ofensiva. Sí eran necesarios cambios en la institución y que éstos tenían que tomarse por grandes acuerdos y consensos universitarios y no venir de arriba hacia abajo como había hecho el rector.

Quisiera remarcar la importancia de exigir una demanda histórica en el 68: el diálogo público. Debatir y de discutir públicamente con las autoridades universitarias y, de alguna manera, con el gobierno federal a través de ellas, como un mecanismo para hacer política en un país autoritario. Esto hoy adquiere un valor trascendental cuando vemos la violencia del Estado contra los maestros de Oaxaca, en donde el reclamo sencillo es el diálogo.

¿Qué planteamientos del CEU pudieran tener vigencia?

En primer lugar, una gran deuda, el lastre autoritario de la UNAM, el que a 70 años de la aprobación de su ley orgánica, siga siendo imposible transformar los mecanismos de nombramiento de autoridades y de las formas de toma de decisiones dentro de la Universidad. Y que los sectores conservadores tengan todavía la temeridad de sostener que este es un espacio en el cual no tienen cabida los procesos de democratización que ha tenido el país. Incluso, quienes han sido promotores de procesos como la transparencia y la rendición de cuentas fuera de la Universidad, se atreven a decir dentro de la UNAM que esos procesos no aplican. Entonces creo que el plantea-





miento de la importancia de democratizar a la Universidad está ahí y como una tarea inconclusa.

Por otro lado las propuestas de gratuidad, de incrementar el acceso de estudiantes a la Universidad que se han venido desarrollando, muestran la vigencia de esos planteamientos. La matrícula ha crecido en casi 50 mil estudiantes en los últimos 15 años, ¡esa era una demanda nuestra! Que la UNAM abriera sus puertas a más jóvenes, y sigue siendo una demanda de los estudiantes legítima. Y creo que los reclamos de una transformación de la cultura política del país que parecía que había tenido ciertos avances con los cambios de partido en la Presidencia, hoy en las condiciones de un México violento en donde no se respetan los derechos humanos, lleno de desaparecidos

dio. Eso tuvo un éxito limitado pero importante. En Contrapunto Lolita Ayala decidió confrontar a tres estudiantes—Carlos Imaz, Antonio Santos y a mí con representantes de las autoridades—José Sarukhán, coordinador de la Investigación Científica; Miguel José Yacamán, director del Instituto de Física, y el director de planeación, Mario Ruiz Massieu, de triste memoria. Ahí nos dimos cuenta de la fuerza de la razón; además de una ventaja que en algún momento señaló Carlos Monsiváis: la costumbre de debatir públicamente y de argumentar nuestras posiciones, frente a autoridades que no tenían esa práctica.

Logramos que se abrieran oportunidades en programas como el de Jorge Saldaña y en Para gente grande de Ricardo Rocha en el que participamos tres veces. Era un programa con un *rating* brutal. Ahí debatimos con estudiantes de Voz Universitaria, grupo al que pertenecía el actual secretario del Trabajo, Alfonso Navarrete Prida (no recuerdo si estuvo en el programa), no tenían capacidad argumentativa. Fue una paliza.

Había una comisión de prensa, que hacía un trabajo efectivo. Fue tan intensa la relación con los periodistas que independientemente de la línea editorial de sus medios, se fue generando en ellos simpatía al grado de que de manera informal se referían a sí mismos como Consejo Reportero Universitario (CRU) en el que participaban Néstor Martínez Cristo de *Unomásuno*, hoy director de Comunicación Social de la UNAM; Elena Gallegos, de *El Sol de México* quien luego pasó a *La Jornada*, Manuel Meneses de *La Jornada* e Ismael Romero de *El Universal*.

Quizá el movimiento fue uno de los primeros en plantearse la relación con los medios como un tema central y en lugar de verlos como herramientas del enemigo, los entendimos como espacios de la disputa política. Había que ir a pelear el espacio y no aceptar que estaban contra nuestra de por sí. Eso, me parece, fue una clave del éxito que tuvo el movimiento estudiantil.

¿Cómo fue la experiencia del CEU con los medios?

Los medios de comunicación eran espacios muy cerrados. Se editaban los periódicos tradicionales como *Noticias*, *Excelsior* o *El Universal*. *Unomásuno* ya estaba en proceso de descomposición y *La Jornada* empezaba a establecerse. Éste último fue fundamental. Por lo menos hubo un medio escrito donde pudimos exponer los planteamientos del CEU a la sociedad; también fue un vehículo de comunicación entre los universitarios.

Nos planteamos abrir espacios en los medios. En lugar de correr a los reporteros de Televisa, los incitamos a que nos entrevistaran, a que se abrieran la televisión y la ra-

¿En qué ayuda la experiencia del CEU a las actuales militancias en el país, pensemos en la CNTE, por ejemplo?

Se puede retomar lo que es conveniente. Pero hay que tener cuidado de que no se convierta en el recetario del abuelo en donde alguien diga que las cosas tendrían que hacerse como en algún momento lo hizo el CEU; las condiciones políticas son diferentes. Además, el sector magisterial del país es muy distinto a los movimientos universitarios en las condiciones en las que realizan sus acciones, en la enorme exposición que tienen frente a las posibilidades de la violencia estatal. En los riesgos que corren, se juegan el empleo y su futuro de vida.



y asesinados, nos muestra que desgraciadamente, sigue siendo fundamental. Una democratización profunda por el fin de la impunidad, por la erradicación de las formas priístas de gobernar, por la vinculación entre el poder y el crimen organizado: elementos que fueron el contexto en el que se desarrolló el movimiento y que siguen siendo clave de la lucha política en el país.